



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

INVASION DE ESPAÑA POR LOS FRANCO

EN EL SIGLO VIII.

ARTICULO 1.º

La sangrienta batalla de Roncesvalles ha dejado eternos recuerdos en dos naciones enemigas. Los coronistas españoles han tejido relaciones fabulosas para exagerar el triunfo, y los historiadores franceses pretenden atenuar las consecuencias de la derrota. Sin embargo poco se sabe de aquella famosa expedición. Confúndense lamentablemente las épocas, y al hablar de Carlomagno, dispútase hasta su venida. Los unos afirman que ganó á Zaragoza y fué derrotado en su retirada; aseguran los otros que penetró dos veces en Cataluña y Aragon, pero que fue vencido á la tercera por Bernardo del Carpio, antes de pasar las gargantas de los Pirineos. Mariana es de esta opinion, despues de esponder, como acostumbra, todas las absurdas conjeturas de los antiguos cronicones: el arzobispo Turpin amontona exageraciones y fábulas con milagros y maravillas que desfiguran y ocultan la verdad. Asi es que,

TOMO II.—1.

gracias á lo remoto y bárbaro de los tiempos, solo queda en pié la tradicion, eternizada por los romances, poemas y cantos populares de los vascos. Pero la tradicion tampoco es unánime en Francia y en España. Convieniendo en el grande, en el principal hecho de la completa derrota del emperador, disputa sobre el tiempo en que tuvo lugar y las circunstancias que la acompañaron y precedieron. Sus resultados aparecen poco importantes en la historia: no es uno de aquellos acontecimientos que trastornan un imperio ó lo levantan, y sin embargo fue el desastre mas completo de Carlomagno, y ha sido uno de los mas fecundos temas para la imaginacion de los juglares y los cantos de los trovadores.

Esta aparente contradiccion es fácil de explicar, si se examina, mas que la empresa en sí, el espíritu que la aconsejó y la dirijia. Sobre la campaña del Ebro no caben mas que conjeturas: ninguna historia espone satisfactoriamente las causas que precipitaron á Carlomagno en Aragon; ni la sábia explicacion de M. Guizot, ni los cuentos vulgares de Mariana bastan á hacer comprender la venida de aquel monarca desde el fondo de la Sajonia, al frente del ejército mas raro y poderoso que

Julio 4 de 1841.

en mucho tiempo se habia visto.

Apostol implacable de la religion católica, Carlomagno habia subyugado á los pueblos bárbaros que se estendian desde las riberas del Rhin. La propaganda caminaba á fuego y sangre por las aldeas de Alemania; y el emperador, en los mejores años de su vida, se ocupaba con nueva fé y juvenil ardor en la conversion de los idólatras. Habíanle opuesto los sajones tenaz y bizarra resistencia; pero derrotados en todas partes, se aprestaron á sufrir la ley del vencedor. En los campos de mayo celebrados en el territorio enemigo, millares de prisioneros eran bautizados violentamente á su vista, mientras los señores que le seguian aplaudian entusiasmados tan señalado triunfo. Apiñábanse á su lado los soldados agueridos que habian batallado bajo el estandarte de la cruz en las llanuras de Italia; y para dar mas realce á la magestuosa escena, resaltaban entre los rubios y rudos capitanes del norte algunos jeques árabes de tostadas facciones cubiertos de sedas y resplandecientes armas que habian llegado recientemente de las llanuras de Andalucia. Dos embajadores de Asturias estaban á la derecha del monarca y le escitaban á continuar su gloriosa mision, levantando el pendon de Cristo sobre las banderas de los idólatras é infieles: Carlomagno entonces resolvió dejar sus fronteras en el Rhin y penetrar en la peninsula española.

La venida de los señores godos se interpretaba de diferentes maneras. Decian los unos que venian á implorar auxilio contra los mahometanos que ame-

nazaban las fronteras del miserable reino de Asturias: aseguraban los otros, y era la opinion mas seguida, que acudian de parte del Rey D. Alonso á ofrecer á Carlomagno la sucesion de su corona, si se comprometia á echar en la balanza de la lucha el peso de su poder contra los árabes. Cansado y envejecido por los años y turbulencias de su reinado tormentoso, sin hijos que le heredasen, sin juzgar á ninguno de sus vasallos hábil para sucederle, temia Alfonso que despues de su muerte, divididos en bandos los nobles, cayesen sus estados en poder de los capitanes del califa. Adoptando, como sucesor, al emperador frances, se libertaba del afan que padecia, al mismo tiempo que aumentaba la preponderancia de los cristianos y afirmaba la tranquilidad de los años postreros de su existencia. Habia enviado con este objeto dos señores de su corte; su mision era reservada y oculta, pues conocia harto bien el orgullo de los magnates que rodeaban su combato solio para saber que, descubierto el plan, habia de malograrse ciertamente. Mas Carlomagno, que meditaba proyectos mas aventurados y profundos, recibió sin secreto ni ostentacion á los embajadores, prometiéndoles ocuparse con brevedad de los negocios que traian.

Habían venido los jeques árabes, á invitacion del emperador franco, á presenciara la solemne ceremonia: queria darles una muestra de su poder y prestigio, ofreciéndoles el espectáculo de una nacion vencida, que mudaba á su voz de culto y de creencias, trocando sus antiguas ins-

tituciones y sus leyes por las leyes é instituciones que el vencedor les impusiera. Descontentos con el gobierno de España, donde el rey moro de Córdoba afirmaba su poder castigando las turbulencias de sus ambiciosos vasallos, los gefes moros prometieron su ayuda á Carlomagno para la expedicion que proyectaba. Pintáronle como facil empresa la conquista de Aragon y Castilla, donde apenas se hacia sentir la autoridad central, donde el gobierno, en manos de wadies ineptos ó viciosos, no tenia fuerza alguna de resistencia: describiéronle detenidamente las riquezas que hallaria y los recursos para mantener la campaña: ofreciéronse á tomar por fuerza de armas las provincias, que mantendrian luego bajo la proteccion y como tributarias del monarca cristiano: calumniando á Abderrabman, lo representaron como un azote de la providencia, como un tirano aborrecido por sus subditos dispuestos á sacudir su yugo á la primer ocasion favorable. Tocando la cuerda sensible de la ambicion de Carlomagno, contaron con sentidas frases la persecucion que padecian los cristianos en los dominios del monarca sarraceno: sus palabras causaron impresion summa en el ánimo del emperador. Con la cabeza llena de tales planes, exaltada su imaginacion por las cartas que de los cristianos recibia y lo que á cada paso miraba, no es extraño que apareciesen en sueño fantasmas de gloria al vencedor de los Sajones, y que viese una noche, como cuenta el arzobispo Turpin, un camino de estrellas que empezaba en el mar de Trisa é iba en linea rec-

ta por la Galia á la Vasconia y á la Gaticia, donde descansaba, ignorado, el cuerpo del apostol Santiago; y el apostol mismo se le apareció, echándole en cara que no iba á arrancar la España y su propio sepulcro de manos de los sarracenos.»

Pero desde que concibió su empresa hasta que pudo ponerla en ejecucion, pasó necesariamente algun tiempo. Habia transpirado el secreto de la embajada de D. Alonso y sabíase en Oviedo que el emperador avanzaba para tomar posesion de la corona goda. La indignacion de los señores subió á punto de quejas y amenazas: tras tantos trabajos y combates era triste ir á caer bajo el yugo de un soberano poderoso y grande, que habia de mirar el reducido territorio del reino español como una insignificante provincia de su dilatado imperio. Los cargos, las dignidades, los gobiernos serian para los guerreros francos que venian con el nuevo rey, al paso que se acababa para todos la esperanza de empuñar algun dia el cetro de Peláyo. Alborotábase la plebe al oír los tratos que su señor hiciera, y un grito de cólera resonaba en todas partes para maldecir lo que se llamaba el pacto de traicion. Pero entre tantos ánimos descontentos, ninguno se ofrecia con prestigio bastante para resistir abiertamente á don Alonso y desbaratar los conciertos ajustados. Entonces se presentó Bernardo del Carpio famoso por la aspereza de su jenio, por su indomable valor y la osadia de su caracter ambicioso. Supuesto hijo de la infanta doña Ximena y del conde de Saldaña cuyos amores y

desgraciado fin han dado materia á tantos romances y canciones, Bernardo alimentaba contra su tío resentimientos que se templaban por la gratitud, pero que enardecían su jenio temerario. Sin vacilar un momento, púsose á la cabeza de los que no querían humillar á un extranjero las glorias nacientes de Asturias, declarando al rey que, aun cuando fuese solo, se alzaría contra los soldados del emperador. Arrepentido D. Alonso al ver la exasperación de sus pueblos y la irritación de la nobleza, no tuvo ánimo para resistir, antes bien procuró anular sus tratados anteriores.—Marsilio, wali de Zaragoza, cuyo gobierno había ofrecido Carlomagno á uno de los jeques conjurados en Alemania, ofreció á Bernardo su poderoso auxilio, invitando á entrar en la confederación á los walis de Huesca y de Lérida. La liga se reforzaba de día en día con nuevos auxiliares: los mensajeros se presentaban con la bandera morada á inflamar los ánimos en las salvajes poblaciones de la Vasconia, y los pobres y bárbaros habitantes de Asturias se aprestaban á una resistencia obstinada.

Al frente de innumerables legiones animadas por el entusiasmo y el fanatismo, apareció en la primavera de 778 el emperador Carlomagno sobre la cumbre de los Pirineos. Venían en formidables columnas, y bajo una misma bandera los feroces guerreros del Septentrion: pueblos diversos obedecían á un mismo jefe y caían, como la langosta, por las vertientes de los montes para inundar las llanuras de España. La Austrasia, la Bor-

goña, la Provenza y la Lombardía habían dado la flor de sus hijos para la expedición; y desde el fondo de la Sajonia, y desde el mediodía de las Galias, con ímpetu tumultuoso y desordenado se lanzaban sobre los Pirineos á la voz del potente soberano.—Carlomagno, preocupado únicamente con sus planes religiosos, deja el Rhin, donde mil peligros y cuidados reclaman su presencia; sus empresas comenzadas, sus guerras, sus proyectos, todo lo abandona de repente para correr con ejército amenazador á la frontera meridional de su imperio, pacífica y segura, siguiendo sus obispos, sus caballeros, sus doce pares, y al pasar junto á la roca, hiéndela Roldan de una enchillada, cuya fabulosa huella dura todavía, como símbolo del atroz é incesante batallar que ha dividido por tantos años á los hijos de los que en aquellos campos combatieron.

Desde el principio de su campaña dió Carlomagno muestras de la ligereza con que concibió sus planes. Marchaban sus soldados en desorden, sin descubiertas, fiados en su número y su valor. Apenas en la bajada de los montes, recibe el homenaje de fidelidad del duque de Vasconia, por cuyos estados pasa sin dejar guarniciones, sin reclamar rehenes, sin establecer puesto alguno ni tomar precauciones y conservar lugares para asegurar la retirada si le volvía las espaldas, la fortuna. Y sin embargo sabía que era su enemigo el gefe vasco; pero confiado en sus huestes numerosas y aguerridas, y en las falsas relaciones de los embajadores de Alfonso y de los jeques musulmanes, no temía hallar obstáculo

á su marcha triunfal por la península.

Al llegar á las llanuras se encuentra aislado en un país que no conoce: nadie viene á buscarle: á su aproximacion huyen los habitantes por órden de sus gobernadores moros, dejando desiertas las villas y desamparadas las aldeas: los recursos le faltan completamente para alimentar á sus soldados, que ceden á la fatiga de un clima ardiente y á la escasez de vituallas. En ninguna parte tampoco se le presenta un enemigo; los confederados, por consejo de Marsilio, han resuelto no empeñar una lucha peligrosa contra la numerosa soldadesca del emperador, hasta que, quebrantada por el hambre y las enfermedades, se encuentre sin fuerzas para resistir. Por otra parte lo poco que llega á su noticia, de los cautivos que hace, acaba de desconcertar á Carlomagno. Abderrahman no es un tirano aborrecido; es un monarca clemente y poderoso. En sus estados viven tranquilos los cristianos, sin ser perseguidos por sus vencedores; y las guerras de relijion no son tan crueles ni sañudas en España como en el norte de Europa. El rey de Córdoba, valiente en las batallas é ilustrado en la paz, está echando los cimientos de una civilizacion brillante y pura que ha de servir de fanal á un mundo sumido en las tinieblas de la ignorancia tras el naufragio del imperio romano. Las artes y las ciencias dán á los árabes una superioridad incontestable sobre sus antagonistas; mientras ese reino cristiano, que como tan fuerte se pintaba, no existe como estado formal y respetable. Congregacion de hom-

bres ocultos en los desfiladeros de las montañas, «los cristianos de Asturias, dice un historiador árabe citado por Conde, son valientes, pero viven como bestias salvages; nunca lavan su cuerpo ni sus vestidos que solo se quitan cuando caen á pedazos.» ¿Era este el poderoso reino que, lleno de ilusiones, venia á buscar el guerrero francés? Asi facilmente se comprende su desaliento cuando todo mudó de aspecto á sus ojos: echóse en brazos del confidente musulman que vino con él desde Alemania; sirvióle de guía hasta Zaragoza, prometiendo abrirle sus puertas; pero sus murallas, defendida por Marsilio, resistieron al ejército invasor.

La desmoralizacion se habia apoderado de aquellas tropas, y entonces se dió la señal por los confederados. Levántanse á un tiempo mismo todas las ciudades del Ebro: bajan los montañeses de las rocas: sale á campaña la caballería árabe, y Carlomagno emprende hácia Navarra su retirada. Alcánzanle los wálies de Huesca y de Lérida, batiéndole dos veces y picando su retaguardia hasta Pamplona: allí logra rehacerse un poco, y sigue su camino hácia los Pirineos, dirigiéndose al funesto valle en que le aguarda impaciente el duque de Vasconia rodeado de sus intrépidos montañeses. Pero Carlomagno camina aturrido y temeroso: parécetele imposible salir del territorio en que solo ha hallado desastres: para facilitar su retirada divide su ejército en dos cuerpos separados que marchan á enorme distancia el uno del otro: en la retaguardia van los bagages y el betin.— Este fatal arreglo dió

sus resultados. Pasó la primera division los terribles montes, mandada por Carlomagno en persona, y entró en Francia por San Juan de Pié de Puerto. Los españoles la dejaron salir, porque hubiera sido peligroso acometerla de frente.

Marchaba temerosamente la segunda columna por Roncesvalles, cuando al pasar por un desfiladero sonó el grito de guerra de los vascos repetidos por todos los ecos de las montañas. Las rocas, las cumbres de las colinas se poblaron, como por encanto, de montañeses que, precipitándose sobre los bagajes, los hicieron rodar sobre la retaguardia, cayendo sobre los soldados en seguida con horribles alaridos que aumentaban su confusion. Defendiéronse valerosamente los estrangeros; pero la presencia del feroz duque de Vasconia animaba á los suyos para que no diesen cuartel. En lo mas recio de la pelea divulgóse la voz de la venida de los moros que acudian por las espaldas. Fortun García, señor de Sobrarbe, apareció con su gente de guerra: horrible fué la carnicería: murieron hasta el último todos los invasores: cayó Roldan despues de haber resistido todo el dia el choque de los mantañeses, y Carlomagno supo tan horrible derrota cuando ya no era tiempo de volver atras. Dice una crónica que un mensagero vasco le llevó la espada del mejor de sus caballeros, arrojándosela á guisa de insulto y desafio.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

ALFONSO EL CASTO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. JUAN EUJENIO DE HARTZEMBUCSH.

Al adoptar como base del argumento dramático un acaecimiento histórico, se impone el poeta graves y estrechas obligaciones. La fidelidad relativa para conservar la verdad es una traba que perjudica con frecuencia al desarrollo de la accion; y aparecen tal vez menos interesantes los personajes en la escena, cuando el autor tiene que guardar sus distintos caractéres, sopeña de falsificar la tradicion ó la historia. Asi las épocas mas confusas, los períodos mas dudosos, los caractéres mas disputados son los que se prestan con mas anchura á la combinacion dramática. En el campo de las opiniones, de las conjeturas mas ó menos fundadas, elige sus elementos el poeta: su fantasía campea con libertad, menos encajonada en el estrecho surco de una verdad incontrovertible y segura. El Sr. Hartzembuch ha tratado en su notable produccion uno de los mas confusos episodios del reinado de Alonso el Casto. Los desgraciados amores de la infanta Doña Ximena y el conde de Saldaña, su matrimonio clandestino y la terrible venganza del rey han sido asunto de muchas canciones y poemas. Lorenzo de Sepúlveda les ha consagrado algunos de sus bellísimos romances: Haro y



Maquet los han cantado en sentidas trovas y Cubillo ha escrito una comedia tomándolos por base y fundamento. La opinion de los historiadores es menos acorde que la poesia: niegan algunos que hayan existido tales personajes; suponen otros que el conde de Saldaña fué castigado por la deslealtad de su conducta, sin hallar asidero para los supuestos amores; y rechazan los mas, como absurdo, el origen de Bernardo del Carpio, cuyo nombre han eternizado los cantos populares con las hazañas que le atribuyen. La vida misma de D. Alonso el Casto ofrece mil dudas y dificultades: la época de su reinado varia considerablemente en sentir de algunos escritores, y sus hechos y sus aventuras estan envueltas en las tinieblas de aquellos tiempos bárbaros en toda Europa y mas bárbaros aun en las belicosas montañas de Leon. Asi, entre las confusiones y laberintos de opiniones encontradas, ha podido el Sr. Hartzembuch cortar y combinar á su arbitrio los sucesos, sin que pueda nadie acusarle de violentar la razon histórica. Asi, la embajada á Carlomagno, que supone Mariana cuando D. Alonso estaba en el fin de su reinado, ha podido fijarse en la época de las primeras turbulencias, uniéndolas con los amores de Doña Ximena su hermana. Donde falta la historia no puede haber defectos de verdad: libre es el poeta para elegir entre distintas conjeturas la que mejor cuadre á su intento y á sus planes.

La pasion que resalta en el drama de que nos ocupamos ahora, la que lo mueve por decirlo asi, es una pa-

sion difícilísima de presentar satisfactoriamente en el teatro. El rey ama á su hermana en silencio, pero con vivo ardor, y esta inclinacion fatal es el secreto de la castidad de su conducta. Revelarla al público sin que puedan descubrir la los personajes de la escena, ataviarla de manera que pudiese presentarse, dar á un sentimiento incestuoso lenguaje que no repugne al instinto, hacer que en vez de desvío encuentre el corazon del espectador simpatias hacia la victima, eran obstáculos que parecian invencibles y á que ha sabido hacerse superior el poeta. Ya Alfieri habia abierto el camino con la mas delicada y tierna de sus tragedias, *Mirra*: Mirra está enamorada de su padre y muere victima de la pasion fatal que al refugiarse comprimida en su seno lo ha destrozado con su furia: la delicadeza y ternura de los detalles consiguen borrar la repugnante impresion que el argumento desnudo causaria. El Sr. Hartzembuch ha intentado una empresa semejante á la del poeta italiano; y como cosa rara y difícil, como señalado triunfo, puede contarse que ha marchado con pie firme en campo tan resbaladizo y peligroso.

Si examinamos el argumento del drama á la luz de la crítica, aparece falto de accion y escaso de interés: son tres actos de los cuales puede suprimirse cómodamente uno: el primero para nada sirve; es una especie de prólogo, de esposicion que se evitaba fácilmente añadiendo una escena al segundo acto. El levantamiento de los nobles, la aparicion de Sancho, la fuga de don Alonso

están completamente separados del nudo principal: son una esplicacion sobrado larga de la posicion particular del rey y de los personajes de su corte. Por otra parte perjudica sin necesidad á las formas algo clásicas del drama: la pureza de su arreglo se altera por la inútil distancia que media entre los dos primeros actos.

Las proporciones de este drama son notables por su elegante sencillez; sin las pretensiones de la tragedia, ostentan una parte de su hermosa regularidad: la fusion de ambos géneros está en nuestro entender armoniosamente combinada; los móviles de la accion no son móviles de escenario: el interés no nace de esas situaciones violentas que fatigan la atencion, su origen es mas puro, está en la habilidad con que la accion, pobre y escasa en sí, se halla sin embargo conducida.

El carácter del conde de Saldaña es uno de esos caracteres mil veces presentados en la escena, que no ofrecen ni pueden ofrecer novedad alguna. La ambicion fria y poco escrupulosa de Ordoño está perfectamente retratada en la escena XII del primer acto; luego, tal vez por falta de espacio, no puede sostenerse á la misma altura. La rebelion se desquicia en todas partes: los gefes principales de los insurgentes son Sancho y Ordoño que deliberan sobre lo que les conviene hacer en tan grave aprieto:

Sancho.

Pues ¿qué partido tomar?

Ordoño.

Señor, al hundirse un bando...

Sancho.

Se puede morir lidiando...

Ordoño.

Mas vale capitular

Y luego al hablar de las relaciones de amor, del matrimonio que debe unir á ambas familias, cuando advierte el de Saldaña que ha abusado el hermano de Foresinda de su candor y buena fé:

Sancho.

Descubro con claridad

Que habeis jugado conmigo

Ordoño.

Conde, perdonad si os digo...

Sancho.

¿Qué me direis?

Ordoño.

Que es verdad.

Sancho.

¡Ordoño!

Ordoño.

Teneis valor,

Erais útil á mi empresa,

Mi hermana es linda y traviesa;

Os gané con el amor.

Estos rasgos revelan y completan un caracter único y ambicioso. No nos parece tan igual el de Ximena: no puede comprenderse como no ha entregado al rey el pergamino que le dió el conde de Saldaña: ver padecer su honra y triunfante á su asesino, teniendo el medio de castigarlo, y no hacerlo porque no viese sus lágrimas su hermano al entregarle el escrito fatal, nos parece una razon algo pueril; aun dado caso que

no tuviese un momento de serenidad, podia enviárselo, ó dejarlo encima de su mesa, ó confiárselo á su nodriza. Solo hay un toque de notable energía que revela el poder de las pasiones comprimidas en el alma. Cuando descubierto el asilo de Sancho, acude á prenderle el irritado rey, intercede por él Ximena, y viendo que redobla el enojo de su hermano mandando atar á su desgraciado amante, dice, olvidando su posicion y su fama.

Eso no: Sancho es mi esposo: tratádmelo como á tal.

Pero entre todos, hay un carácter sumamente notable en el drama y que lo ocupa y lo llena; el de D. Alfonso el Casto. Dominado por una pasion profunda hácia su hermana, obligado á ocultarla en su corazon, temblando que alguien la descubra en sus miradas, y descubriéndola sin embargo cada vez mas por su reserva misma, oyendo de boca del objeto de su inclinacion fatal la franca y sencilla confesion de su amor al conde, en esta lucha eterna, en este incesante combate, ya triste y pesaroso, ya colérico y vengativo, no se desmiente jamás aquel cariño tan delicado como violento, aquel alma poseida de una pena atroz, sin bálsamo posible en el mundo, sin consuelo ni esperanza en la tierra. Todas las escenas del acto tercero en que la pasion se desarrolla, se precipita y cae vencida al fin, son de un efecto singular: vésela crecer poco á poco en el diálogo de Ordoño con el rey, exaltarse en su conversacion con Ximena y retroceder lastimada por el atrevido ensayo de la nodriza.

La versificacion es admirable traba-

jada con suma conciencia y esmero tiene una tersura, una igualdad que pocas veces se ven en el teatro: no conocemos ningun moderno drama que se le aventaje en este concepto, y pocos habrá que puedan con justicia comparársele. Los versos octosílabos sobre todo tienen una correccion acabada: su corte, su elegante sencillez y la pureza de su armonia les dan un encanto especial para la declamacion. No podemos resistir al deseo de copiar algunas quintillas de la bellísima escena del segundo acto entre la hermana del rey y el proscrito conde de Saldaña.

Ximena.

Parte á Castilla y despues
de absuelto, podras sin miedo
descubrirte donde estés;
mas no pongas en Oviedo
en mucho tiempo los pies.

Disimular no sabrás
tu pasion por mas que hicieres;
Y si mi hermano quizás
adivina que me quieres,
no te perdona jamás.

Renuncia esperanzas vanas
y acometiendo las villas
á la frontera cercanas,
envianos á gavillas
las banderas africanas;
y un grito de admiracion
á cada instante una nueva
traiga de mi campeon,
de la margen del Carrion
hasta la orilla del Deva;
y deme yo el parabien
si con tierno lloro mancho
el velo que orne mi sien:

sabré que si quiero á Sancho,
que si le adoro, hago bien.

Sancho.

No prosigas de esa suerte,
que al mirar tanto heroísmo,
se hace mi pasión mas fuerte,
pues conozco por lo mismo
cuanto pierdo con perderte.

No hagas caso del dolor
á que ves que me rendí:
ya me grita el pundonor
que si no tengo valor,
no seré digno de ti.

Bien: partiré viviremos
en diferente lugar,
en apartados estremos:
por apartados que estemos,
al fin nos hemos de hallar.

Si nos abandonásemos á nuestro de-
seo de citar, citaríamos toda la escena,
porque toda tiene la misma acabada
versificación.

La ejecución fué buena y es notable
la decoración del segundo acto: la se-
ñora Lamadrid representó con intelligen-
cia á doña Ximena: Mate desempeñó
su parte con conciencia y gusto, me-
reciendo mas de una vez los aplausos de
los espectadores. Encargado del difícil
papel de don Alonso, Latorre desplegó
los recursos de su habilidad teatral: su
acento trémulo y conmovido revelaba la
profundidad de la pasión que se esfor-
zaba por esconder á todos: las transi-
ciones violentas, siempre tan difíciles
y arriesgadas, son naturales y causan el
mayor efecto en boca de este intelligen-
te actor: la compostura de su semblan-
te, sus gestos, sus movimientos todos

denotaban que habia hecho estudio de-
tenido de su papel.

Luculo.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

A LOS RICOS.

“Las buenas obras son dendas
pagadas á la humanidad y otras
tantas compensaciones de los ma-
les que causa la injusta fortuna.”

Ricos e mundo, altivos potentados
que amais de los banquetes el bullicio
y que tal vez en vasos cincelados
con el néctar bebeis la hiel del vicio!

Cuando en alegres danzas os circundan
escenas que os formó mago el dinero,
y el falso abril que aroma y luz inundan
gozais en medio del helado enero:

Cuando es en vuestro mágico palacio
una rosa fragante cada bella,
cada reflejo trémulo un topacio,
y cada luz de gas es una estrella:

Cuando á vuestro alrededor en los salones
mirais pasar felices los amantes
y solo veis de dulces emociones
animar la sonrisa los semblantes,

Y cuando el áureo péndulo que al día
le va contando las veloces horas
os disfraza con dulces melodías
las pulsaciones del metal sonoras,

Decidme: ¿no pensais que algun mendigo
atraviesa la plaza silenciosa,
y se detiene hambriento y sin abrigo
al oír vuestra zambra bulliciosa?

¿Y los ávidos ojos, siempre alertos,
hacia la estancia iluminada alzando

mira en los vidrios de vapor cubiertos
vuestras confusas sombras ir pasando?

No pensareis acaso que tendido
un padre sin trabajo allí suspira,
y que á sus hijos con dolor asido
sobre la nieve tiritando os mira.

Y en baja voz murmura: ¿qué riqueza
para un hombre! Sus hijos le acercian!
bastará á remediar nuestra pobreza
lo que en juguetes ellos desperdician!

Después con vuestra espléndida techumbre
compara, en su afligido pensamiento,
su pobre hogar donde jamás la lumbre
saca el húmedo y roto pavimento.

Y recuerda, de andrajos mal cubierta,
su madre anciana cuando el viento zumba
tendida en el rastrojo, muda y yerta
esperando el abrigo de la tumba!

Dios inmortal en su saber profundo
hizo nuestras fortunas desiguales:
unos gozan los bienes de este mundo,
y otros llevan la carga de los males.

En el banquete de la humana vida
no podemos haber todos nosotros,
y una suprema ley no comprendida
á unos dice ¡gozad!, á otros.

Amargo pensamiento, y horroroso,
que en su pecho sobija el indigente
y á veces, fermentando silencioso,
el ceño de la envidia da á su frente!

¡Oh ricos! no os durmáis en los placeres!
y ese oro que os envidia la indigencia
¡ah! no os lo arranque el crimen de esos seres
y si la caridad y la clemencia.

La ardiente caridad, madre amorosa
de quienes fue madrastra la fortuna,
que sostiene con mano generosa
su paso débil al dejar la cuna.

La caridad, que abierto el seno blando
toma mi sangre, le dirá al sediento,
y al hombre Dios y mártir imitando
he aquí mi carne, le dirá al hambriento.

A vuestras hijas, de sus blancos cuellos
sea ella la que arranque con sus manos
perlas, diamantes y zafiros bellos,

joyeles siempre falsos, siempre vanos!

Cuando un anciano ¡oh ricos! macilento
á vuestro umbral mármereo en vano llega,
y no escucháis su dolorido acento,
y de hinojos con lágrimas lo riega,

Cuando las migas de la loca orja
recoge á vuestros pies un niño tierno
cuyas manos llagó la nieve fría....

Dios os retira su mirar paterno.

Socorred compasivos la desgracia
y el señor colmará vuestra grandeza,
y en vuestras hijas verterá su gracia,
y dará á vuestros hijos fortaleza.

Vereis, del suelo bendecidos dueños,
vuestras vides doblar fruto copioso,
seréis mejores, si: y en vuestros sueños
vereis tal vez algún quorube hermoso.

Sed generosos porque llega un día
en que tenemos que dejar el suelo,
y solo es rico el que en su fé confia
y el caudal de sus obras lleva al cielo.

Dad! y que no murmure el que mendigo
cruza por vuestra plaza silenciosa
si se detiene hambriento y sin abrigo
al oír vuestra zambra bulliciosa.

Dad, para conseguir la eterna palma
del que sigue la huella del Dios Hombre,
para que reine en vuestro hogar la calma,
para que el malo con respeto os nombre;

Y para que al pesar vuestras acciones
en su justa balanza, Dios piadoso,
ponga en ella los ruegos y oraciones
de un mendigo en los cielos poderoso.

P. MADRAZO.

UN RECUERDO. (1)

I.

Mala noche nos hace Roger; mucho
dudo que topemos el camino: á la ver-

(1) Aviso que no voy á escribir una novela,
mucho menos una historia, sino una cosa cual-

dad, señor, dijo la persona á quien estas palabras se dirigian, que buen Zahorí es necesario ser para encontrarlo; pero yo confio en la virgen del Tremedal que no ha de permitir vaguemos mas tiempo espuestos á derrumbarnos por estos maldecidos vericuetos.—Confianza tienes, y á mí no me falta, dijo el primero, mas no por eso dejamos de correr un gran riesgo.—El riesgo, dijo Roger, segun yo entiendo, nunca sabemos donde se corre; quién está en él, cuando se cree mas seguro, y quien muy distante cuando imagina que de cerca le amenaza, así no hay que pensar en él sino tener confianza en Dios, y en nuestra señora y dejarse conducir que ya nos sacarán á puerto de salvacion si así conviene.—A mi juicio convendría repuso el primero, pero de cualquier modo hágase su voluntad; amen, añadió Roger, amen dijo el compañero y cesaron por un momento de departir dos caminantes de los que uno parecia el amo y otro el criado ó mas bien uno el caballero y otro el page o escudero.

Era la noche del 1.º de noviembre de 1192 cuando por el áspero sendero que conduce á la fortaleza de Alarcon desde la de Luna iban los dos viajeros, acaso los únicos que en tal noche y á aquellas horas se habian atrevido á

olvidar el peligro del camino y la solemnidad del día; la nieve que no esaseaba en las montañas habia ocultado la única vereda, y al nivelar las desigualdades del terreno, habia destruido la poca seguridad que antes existia: el yelo que comenzaba á cristalizar la nieve aumentaba el peligro en sumo grado: no se ocultaba á los viajeros su situacion, ni tenian interés en desfigurarla; el caballero dominado de un pensamiento desagradable dijo; por san Millan de la Cogulla, Roger, que temo no sea esta nuestra última noche: ni hallamos el camino, ni damos con refugio alguno; tentacion me dá de que hagámos alto y esperemos el día; mi caballo há rato que camina tibiamente y con recelo, pero el frio y el hambre agujian y requieren con instancia.

Nuestra situacion no es por cierto li-songera; pero ya sabeis, señor, que en otras ocasiones bien apuradas, cuando tocábamos el último estremo, hemos hallado consuelo; y aun ahora si el deseo no me engaña no creo que le tengamos distante.—De qué modo, dijo el caballero.—¿No habeis oido, señor, el tañido de una campana?—Nada he oido.—¿No lo ois?—Sí, me parece que confusamente lo percibo.—Confusamente... murmuró entre dientes Roger, pues yo le oigo con toda claridad; el eco de este sonido me es demasiado familiar para que pueda yo confundirlo y vibra en mi alma como un anuncio de alivio, como una oferta de salvacion.

¿Acaso estamos cerca de poblado, Roger?

Si el frio y el hambre no han trastornado mi pobre cabeza es mejor para nosotros este *adusto* desierto, estas ariscas breñas, que la mas opulenta ciudad; pero la campana se percibe ya muy cerca, no me queda duda: ella es—no me parece Roger que tocan á fiesta, su eco no es el mas apropiado para llamar convidados.—No importa, doblan en conmemoracion de los Santos difuntos, esta es la noche del primero de noviem-

quiera, que despues de concluida, si tal sucede veremos lo que es y el que lo haya leido, y yo que lo habré escrito saldremos de la duda ó no saldremos, que tiempos corren en los que acontece no salir de nada aunque se entre en mucho: no aspiro mas que á entretener, porque intentar otra cosa sobre ser una rematada insolencia tendria mucho de necio que no es para mis fuerzas variar la índole de la época, que es de puro entretenimiento. Algo se me va ocurriendo que decir; pero no estaria bien colocado, aquí como quien dice en el zaguán: yo procuraré irlo enjaretando en otra parte si Dios fuese servido. Por ahora concluiré rogando al Sr. D. Miguel de Los Santos Alvarez no me tenga por plagiario de advertencias, pues no está en mi mano evitar que me suceda en esto y en casi todas mis cosas lo que á él con su linda MARIA.

bre.—Dónde estamos?—Próximos á un antiguo y célebre monasterio.—Loado sea Dios, dijo el caballero, que ya habíamos menester reposo y abrigo—y á qué órden pertenecen los buenos religiosos?—No sé precisamente el órden, porque de esto entiendo poco; pero de lo que estoy muy seguro es de que tienen una espaciosa hospedería, donde todo viagero, penitente ó peregrino, cualesquiera que sea su condicion y creencia puede alojarse por tres dias y tres noches con la seguridad de ser asistido con ejemplar caridad y sin otro interés que la humanidad, sin mas retribucion que la que ofrecen las buenas acciones; ¿será alguna casa á manera de las de los caballeros hospitalarios? Dígoos señor que ignoro á que religion pertenecen; pero ya el día uo puede tardar, la senda comienza á descubrirse, démonos prisa á llegar y entonces vos mismo podreis informarnos.

Razon tienes, repuso el caballero, que mas hemos menester ahora el beneficio de la hospitalidad, que la averiguacion de donde procede, á mas de que debiendo descansar hoy para continuar á la noche nuestra marcha tiempo tenemos de informarnos.

En esto aguijonearon sus cabalgaduras que, presintiendo tambien la proximidad del descanso, avivaron el paso haciendo el último esfuerzo.

La hermosura del sol, su luz, su brillo, no se conoce bien en las ciudades, sus rayos son menos diáfanos, su accion ó tibia ó abrasadora; en el campo tras una noche fria y tenebrosa, sin obstáculos para contemplarle, es cuando ostenta sus galas y su influjo vivificador. Modesto y tibio comenzaba á asomar por el horizonte y sus rayos que herian las agujas y veletas de los capiteles del apetecido monasterio les comunicaba una tinta de oro y fuego que deslumbraba. Cuando los viageros fijaron en él la vista por primera vez, las diversas sensaciones que experimentaron los dejaron como absortos; lar-

go rato permanecieron admirando la hermosa perspectiva que se ofrecia á sus ojos y guiados por un mismo sentimiento santiguáronse devotamente y llenos de piedad y reconocimiento exclamaron: *Bendito sea el santo nombre de Dios.*—Concluida esta sencilla, pero espresiva plegaria, avivaron cuanto permitia el desfallecimiento de los caballos y dentro de breve espacio se hallaron á la puerta de el monasterio.

II.

A la falda de una elevada montaña, cuya cima ostenta orgullosa la corona de pinos que la adorna, fue donde la edificante piedad ó el deseo de espiar un gran crimen fundó en el siglo X, el monasterio cuyos robustos cimientos atestiguan hoy día que hubiera desafiado las tempestades del cielo á no ser por las guerras y revueltas de la tierra.—En la época á que nos referimos era el orgullo de aquellos valles. Construido en una pequeña esplanada en el centro de una sierra agreste y salvaje, rodeado de una corta porcion de tierra la única cultivada en el circuito de muchas leguas formaba un notable contraste, con la aspereza de las montañas sus vecinas; el que le hubiese examinado atentamente habría notado que el monasterio en el centro del desierto parecia una bandera plantada en medio de un campo enemigo: era un guante lanzado á la naturaleza por la civilizacion. Difícil hubiera sido atinar quien prevaleceria; el monasterio lento y humildemente imprimia una nueva fisonomía á cuanto de cerca les rodeaba: las montañas, por el contrario, con gesto adusto, amenazaban desplomar enormes masas que, pendientes al parecer de un endeble punto solo esperaban la señal para castigar la vanidad del hombre y borrar hasta el mas leve rastro de su obra; los juncos y enebros que por su parte no permanecian pasivos espectadores, pugnanaban por conquistar lo perdido, y su presencia en todas partes y sus retoños

hasta en las junturas de las careadas piedras del edificio demostraban que sufrían con repugnancia la invasión que reclamaba con altivez la tierra usurpada; el monasterio y los montes y las selvas eran dos enemigos frente á frente; era la lucha del hombre y la naturaleza, de la razón y la fuerza; esta situación era un problema que solo el tiempo podía resolver, y lo resolvió de un modo inesperado y lastimoso.

Construido el monasterio sino en los mejores tiempos del arte, en unos no tan mezquinos como los actuales, participaba de la ruda magnificencia de la época, de la elevación del cristianismo, de la sencillez y caridad del objeto; habíase edificado poco después de oírse la voz de Pedro el Hermitaño, cuando la Europa conmovida por la predicación del anacoreta, había levantado á su acento los numerosos ejércitos que divididos por hábitos, idioma, intereses y religión, se unieron para conquistar la Tierra santa, y que más tarde habían de deshacerse y morir en los campos de Palestina, mas por la desunión propia, que por el acero enemigo: todas las obras de aquel tiempo tenían cierta semejanza en sus formas, todas participaban del pensamiento dominante, á todas se imprimía una misma fisonomía. Estaba construido el monasterio á imitación de la Iglesia del Santo sepulcro; en él se ostentaba continuamente la idea universal de aquel siglo: la de recuperar la ciudad Santa, la de poseer la verdadera cuna del Redentor. Cada rasgo era un suspiro, cada piedra un recuerdo: modificaban su severa estructura algunos adornos fáciles y ligeros que el gusto árabe iba introduciendo; la historia de la dominación de este pueblo y de sus progresos, marcada se ve en las obras de aquellos tiempos, y á despecho de la diversidad de creencias, y de una guerra no interrumpida de cerca de ocho siglos rindióse á la ilustración, y al genio del moro un homenaje que por mucho tiempo honrará su me-

moria. La variedad de esta arquitectura lejos de perjudicar al conjunto del edificio contribuye á hermosearlo, modificándose con la dulzura de la nueva, la dureza de la antigua; estaba forrada su techumbre por la parte exterior con aquellas planchas de arcilla negra vidriada de que tantos fragmentos aparecen cada día y en sus ógibas ventanas brillaban grandes láminas de espejuelo.—Difícilmente pudiera definirse que pensamiento dominaba en el monasterio, porque su enlace y trabazón eran tales que se mezclaban y confundían produciendo una sensación, no de asombro ó sorpresa, sino de dulce recogimiento; no se distinguía ni hacia notar por el lujo de su arquitectura, por la suntuosidad de su adorno, y sin embargo, el peregrino que se ha alvergado una vez, el criminal arrepentido que una vez le ha visitado no olvida fácilmente la sensación que esperimenta que no dimana del fausto de su atavío porque sencillo como la túnica de una doncella, su trage es el emblema de su pureza; no es la sola vista del edificio la que inspira estos sentimientos; á ello contribuye cuanto se mira á su alrededor, las espesas y repetidas hileras de álamos que pugnan por dominarlo, alzan cuanto pueden su cabeza, y no se los mira sin elevar la vista hasta las nubes y entonces parece subir un pensamiento misterioso al cielo, independiente de nuestra voluntad, ajeno á nuestro entendimiento, un pensamiento indefinible de inteligencia de aproximación del hombre á su Creador: un ignorado arroyuelo sin nombre, sin pretensiones, que nace de la próxima montaña y desaparece en la inmediata pradera, emblema de la vida del hombre que naciendo hoy muere mañana, forma agradables y vistosos dibujos al rededor del monasterio al buscar el cauce para su curso; crecen en sus vallas el fresno y el álamo blanco, cuya hoja de verde raso y de blanco terciopelo refleja en las aguas sus colores ostentando su hermosura. En sus ramas se

alvergan y cobijan multitud de pajari-
llos cuyo variado canto, único que riva-
liza con el sonido de la campana y el
cántico de los monges contribuye á ha-
cer de aquel olvidado rincón un lugar
de bienaventuranza en la tierra. Alguna
vez cuando el huracán brama enfureci-
do y lucha con los gigantes del bosque
que osan detener su paso y los desgaja
y troncha y huella con sus pies; quan-
do las tímidas avechillas, revolotean sin
poder tomar la direccion de su alber-
gue y se mecen en el aire y suspensas
permanecen sin poderse posar, y los
árboles y los arbustos estrechan y enlazan
mútualmente sus ramas, en señal de peligro
en demanda de auxilio y amistad; al-
guna vez debido á una causa bien sen-
cilla acaso, todos los árboles han vuel-
to sus hojas en una direccion, todos
se han inclinado hácia el santo templo
como pudiera el hombre sus suplican-
tes manos; desde el orgulloso pino hasta
la humilde juncia todos han inclinado
la cabeza, todos miraban á un punto
y la tempestad cesó, y el bramir del
huracán, y luego el murmullo de las
hojas y solo queda la suave agitacion,
con que parece departen amigablemente
unas con otras las plantas. Tales son
las causas tambien porque inspiraba
sentimientos tan elevados el monasterio
á cuya puerta han pedido alvergue los
viageros.

B. NUÑEZ DE ARENAS.

LICEO.

La sesion del jueves último como pri-
mero de mes fue destinada á los pre-
mios de improvisacion. Tomaron parte
en ella los Sres. Lafuente, Elipse, Ale-
gre, Diaz, Madrazo, Arquerino y Gri-
jalba de la seccion de literatura; los se-
ñores Zapata y Maffey, y las señoritas
O-Dena, Obispo y Campuzano de la de

pintura, los señores Perez, Fernandez
y Bellber de la de escultura; y el señor
Castro de la de arquitectura.

Los asuntos designados por la suerte
fueron para la primera seccion: *Epi-
grama á un Albéitar.*—*El Pretendien-
te, romance esdrújulo*, y la *Primera
Arruga*, quintillas. Para la segunda, la
Magdalena. Para la tercera *Ajax Te-
lamon* y para la cuarta *Un púlpito*.

Obtuvieron los premios en la primera
el Sr. D. Modesto Lafuente (Fr. Gerun-
dio) cuya composicion insertamos al pie;
en la tercera, el Sr. D. Francisco Perez
y en la cuarta D. Carlos Castro.

La medalla de asistencia recayó en el
sócio D. José Grijalba.

LA PRIMERA ARRUGA.

Una vieja principiante
(porque hay principiantes viejas),
con el espejo delante
se manoseaba el semblante
desde la barba á las cejas.

Y una cosita palpaba
que otras veces no tenia,
y la mano levataba,
y miraba y remiraba,
y una cosita veia.

Y como lo que acababa
de ver no le satisfacía,
otra vez se remiraba,
y otra vez se repalpaba,
y la mano se deshace.

Y siempre el mismo estorbillito
en el semblante encontrando,
tomaba aqueste estrivillo,
«no hay remedio, algún diablillo
es el que me está tentando.»

¿Qué tendré yo en esta mano,
y qué tiene hoy este espejo?
Este cristal no está sano;
lo limpiaré..... pero en vano,
vaya, el azogue era viejo.

¿Qué será? qué no será?
¡Por vida de mi fortuna!
Muchacha, chieco, mamá,
quiten este mueble allá,
y á ver si traen otra luna.

En esto acerté yo á entrar
mas fresco que una lechuga;
«señora, no hay que llorar,
le dije, ni hay que dudar
que esa es la primera arruga.»

—¡Arruga...! Oh Dios! pero no,
pues qué, soy yo tan jamona?

—Señora, le dije yo,
la arruga, si que salió,
pero es arruga muy mona.

—¡Mona! no, no puede ser,
y de ello segura estoy,
vd. se engaña á mi ver,
si no la tenía ayer,
¿cómo la he de tener hoy?

—Señora, es que la vejez
viene á pasos de tortuga,
y á vd. la llegó su vez,
y así persuádase usted,
que es arruga y muy arruga.»

En mal hora le hablé yo
con tan ingénua franqueza,
pues la silla me tiró,
y el espejo me arrojó,
y me rompió la cabeza.

—«Pues entendido tendrás
(ya que el dolor me ataruga),
qué lo que has de sentir más
no es esa primera arruga,
si las que vendrán detrás.»

Aviso. La junta gubernativa ha dispuesto que la sesion que debería tener lugar el jueves 8 se traslade al domingo próximo 21, en que se verificará la distribucion de premios del concurso floral.

ALBUM.

TEATROS. En el del Principe sigue ejecutándose el drama de espectáculo titulado los *Perros del Monte de S. Bernardo*, del que van ya once representaciones y la de hoy que nos anuncian será la última con la que se completará la docena; desde luego pronosticamos buen éxito á esta produccion que si no es de gran mérito literario, ha sido por lo menos de utilidad para la empresa.

Con algunas representaciones de óperas y el drama **D. ALFONSO EL CASTO** que hoy analizamos, hallenado el teatro de la Cruz la semana; esta noche se ejecutará tambien en presencia de S. M. el espresado drama, y mañana tendrá lugar la comedia nueva en dos actos anunciada hace mucho tiempo con el titulo de *el Sastre de Londres* y una pieza titulada *Jugar con fuego* ambas traducciones del francés, en dos actos la primera y en uno la segunda.

En el mismo teatro se prepara para beneficio del primer tenor de la compañía lírica **D. Manuel Ojeda**, la representacion de una ópera nueva del maestro Mercadante cuyo titulo es *D. Quijote de la Mancha*, en la cual desempeñará el papel de Sancho Panza el Sr. Salas. Con el mismo objeto se ensaya una zarzuela que se titula *el Ventorrillo de Crespo*, letra del Sr. Rubí y música de Basili, sembrada de polos y aires españoles. El anuncio de esta funcion y el de las personas encargadas de su desempeño nos da motivo para creer que el beneficiado encontrará en ella beneficio.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.